

# ROSA CHACEL

## O EL MISTERIO RADIANTE \*

Por Tomás S. de los REYES

LO QUE DEFINE al misterio no es el estar escondido, sino el ser indestructible. Lo que está escondido puede ser descubierto y es difícil o es oscuro, pero no misterioso. El misterio no puede ser descubierto porque no está cubierto: es radiante. Pero esto que digo no es esoterismo de ninguna clase, sino comprobación de las más simples. Debería ser evidente, me parece, que el misterio no es lo que no se ve, sino lo que no se explica. Es, precisamente, lo que *salta a los ojos*. Los otros elementos de que se compone el espectáculo directo de la realidad, o sea lo difícil y lo fácil, no entran en nosotros así, por un salto a los ojos. Más bien nosotros entramos en ellos, los desmenuzamos, los abrimos como una nuez y nos asomamos a ver lo que hay dentro. Pero el misterio no es ni fácil ni difícil: es otra cosa, una cosa que no se abre como una nuez, que hay que tragar entera. Por eso es denso y nunca es "vano". Por eso es indestructible, quiero decir: insoluble, incapaz de disolverse y también de resolverse, pero no porque la solución no se encuentre, sino porque no existe.

Lo diremos de otra manera, transportando las mismas ideas a otro registro que, por tener vagas resonancias filosóficas, tal vez algunos tengan por más serio: La división, la solución y la resolución, o sea el análisis en cualquiera de sus formas, no puede llegar nunca más que a la exterioridad. Todos los infinitos granos en que podemos dividir una piedra siguen siendo "cosas", siguen siendo exteriores. Quien pretenda así ver de veras el "dentro" de la piedra puede seguir abriendo, partiendo y dividiendo hasta el infinito sin entrar nunca en esa interioridad. No habrá hecho más que multiplicar al infinito la exterioridad.

Pero esa interioridad existe. Es lo que un aristotélico tal vez llamaría su esencia; o un poeta tal vez su "alma"; pero para no escandalizar a los que no creen ya en esencias ni han creído nunca a la poesía, lo diremos con las palabras de la filosofía moderna: en ese lenguaje se puede llamar, por ejemplo, el "estilo de existencia". El cual, si bien no es, como en Aristóteles, lo que hace —activamente— que la piedra sea piedra, sí es por lo menos la única manera que tiene la piedra de ser piedra: o sea su ser para

nosotros. Este estilo se pierde bajo el golpe del martillo analizador. Si queremos verlo no tenemos más que un camino: abrir los ojos y dejar que esa peculiaridad, entera, virginal, intacta, nos salte a ellos.

Este salto se llama misterio, y el acto por el cual recibimos efectivamente en nuestros ojos aquello que saltó a ellos se llama adivinación. Lo que la pulverización analítica había perdido lo recupera el hombre sencillo con la ingenuidad de su sentimiento y lo proclama el artista. Lo proclama en el sentido de que sabe que lo ha recuperado, y a veces incluso por qué leyes lo ha recuperado. El procedimiento de todo arte es la revelación, y esto no siempre el artista lo ignora necesariamente. No lo ignora por ejemplo Rosa Chacel, que dice: "... la revelación, único espejismo que no es falaz." El carácter indestructible y radiante del verdadero misterio le es bien conocido. "Es más —dice uno de sus personajes—: confío tanto en la evidencia del misterio que encierran esos hechos que no sólo no temo acumular-

los ni analizarlos, sino que llego a clasificarlos y hasta a presentirlos y producirlos." En efecto, el misterio es evidencia y no ocultación, y si a veces creemos que se esconde o más bien que nos huye, es por una confusión: lo que pasa es que no se deja penetrar. Pero puesto que el misterio, por ser unidad radical, debe ser tragado entero (como sucede simbólicamente con aquella de sus representaciones que se llama *hostia*), tampoco tiene por qué temer a un diente que no puede desgarrarlo: el que *esconde* un misterio podemos estar seguros de que miente: si de veras lo fuera no tendría miedo de que la mirada o el examen lo disiparan, como les sucede a los falsos poetas que aborrecen las preguntas, porque creen que contestarlas es convertirse en maestros de escuela o porque no las saben contestar. Como dice Rosa Chacel: "... sólo el que ha visto más de cien veces el doble fondo de las maravillas... sólo ése posee el verdadero conocimiento: el que hace que el saber cómo son y en qué consisten no merme en nada la dimensión de su misterio."

Ahora bien: tal vez no es raro ni difícil pensar estas ideas cuando se es artista; mas difícil, aunque tampoco raro, es realizarlas aunque no se piensen. Pero lo inusitado es pensarlas y realizarlas al mismo tiempo e impecablemente. Las frases de Rosa Chacel que hemos citado aquí no son de ningún ensayo o cosa parecida. Están entresacadas de diferen-



Rosa Chacel.—"la revelación, único espejismo que no es falaz"

\* En los días en que aparezca esta nota, se encontrará probablemente entre nosotros, o estará a punto de llegar, la gran escritora Rosa Chacel, procedente de los Estados Unidos donde goza de una beca Guggenheim. Las presentes líneas sólo pretenden ser un saludo a uno de los talentos más indiscutibles de la prosa española, y una modesta presentación, a través de uno de sus libros, para los lectores que no la conozcan. Recordemos que Rosa Chacel publicó en España su primera novela, *Estación ida y vuelta*, y en Buenos Aires las siguientes: *Teresa y Memorias de Leticia Valle*, así como el volumen de cuentos aquí comentados, *Sobre el piélago* (Ediciones Imán, Buenos Aires, 1952). Tiene también un libro de sonetos, *A la orilla de un pozo*, y en estos días aparecerá, también en Buenos Aires, una nueva novela suya. Prepara actualmente una serie de ensayos sobre el Mal.

tes relatos incluidos en el volumen *Sobre el pielago*. Pero están entresacadas en una segunda o tercera lectura, porque a la primera no se notan. Quiero decir con eso, que no se trata de un libro construido sobre unas ideas, uno de esos libros hechos adrede poniendo a funcionar las teorías como si fueran máquinas sumadoras.

Pero si esas frases están ahí y es posible encontrarlas poniendo atención, es también porque esos relatos no temen mostrar "cómo son y en qué consisten", sabiendo que el mostrarlo no mermará "en nada la dimensión de su misterio". No tienen por qué esconder el truco porque no son truco. Son misterio de cabo a rabo y, desde todos los puntos de vista, por lo menos los más logrados, que son mayoría.

Pero conviene poner en claro un punto: estos relatos no son "cuentos de misterio", no son "misterio" entre comillas, sino misterio limpio, abierto, luminoso; ése que no se da en cábalas o hermetismos, sino en revelaciones y adivinaciones; ése que no es clima fantasmagórico o nocturno o estrafalario, sino simplemente *clima*. Porque lo primero que entiende un espíritu como el de ella es que el misterio no es sombra sino luz; incluso para aquellos a quienes se les revela entre las sombras no es sombra, sino luz entre las sombras. En este sentido la originalidad de Rosa Charell es absoluta: lo que relata son siempre revelaciones, o sea la forma más desnuda de la experiencia, la única que no puede nunca ser espuria o prestada. Por eso lo que dice es casi imposible de decir: sucede en ese lugar de cada alma que, aunque sabemos que se corresponde, y tal vez supremamente, con otros lugares de otras almas, no tiene sin embargo comunicación directa a través de ese espacio neutro de los signos y lenguajes comunes y desvitalizados. Que pueda decirlo es casi un milagro. Su lenguaje es extraordinario de sutileza, nerviosidad y fuerza. Procede, a su vez, por revelaciones y adivinaciones; por sucesivos deslumbramientos. Pero eso no bastaría: no es por lo bien que escribe o por lo inteligentemente que expone por lo que puede decirlo: es por la intensidad con que lo sabe. Así, en el relato que da título al volumen, la revelación de un pescador que ve sobre las olas amargas en la borrasca incipiente materializarse una mirada que sostiene la suya, y que siente luego confirmada esa inestable experiencia por el instante de dolor insuperable que le causa una espina — todo esto, al poco tiempo de la lectura, es imposible recordar cómo está dicho, porque aun recordado sigue pareciendo imposible. Así su lenguaje, sus medios expresivos, desaparecen. Su escritura es como un soplo que no se puede retener una vez que pasó, pero que ha dejado a su paso un perfume penetrante.

Por este solo ejemplo se comprenderá también que no se trata de esa literatura llamada fantástica o a veces, no se sabe por qué, metafísica. Ni la fantasía como tal ni ese sofoco del cerebro que algunos literatos llaman metafísica tienen nada que hacer aquí. Tal vez alguno de los relatos, aislado, podría dar esa impresión. En el conjunto se ve que son extremos de una unidad cuyo centro está en muy otro sitio. Está en la cotidianidad, como un "punto brillan-

te (según dice ella), que, sin desertar de la realidad, la trasciende"; está en la vida misma, pero directamente mirada y sentida, con la piel desnuda; sentida no como la siente un escritor o un hombre vivo pero distraído, sino como siente el agua un nadador: a la vez como una limpidez y una temperatura: esto es seguramente lo que ella quiere decir con la palabra *clima*, que le gusta. Y

entonces, cuando la vida es clima, limpidez y temperatura que penetran la piel, con nuestra anuencia, por todas partes a la vez, como el abrazo o la inmersión, entonces basta un instante de abandono, de consentimiento, de pureza, para que entre en nosotros, diáfano pero indivisible, es decir como un término y no un tránsito, el inolvidable misterio: un sabor de esas aguas.

## DOCUMENTOS

### ENIGMA ARQUEOLÓGICO EN COLOMBIA

Por Hernán SAN MARTÍN

CUANDO SE HABLA de culturas colombianas prehispánicas, se piensa casi inmediatamente en la de los chibchas o muikas que ocuparon el altiplano bogotano, alcanzando una gran perfección en la orfebrería. El oro en polvo era laminado en yunques de pedernal y con métodos ingeniosos daban a las láminas una gran variedad de formas. En el Museo del Oro, en Bogotá, hay en exhibición más de 5,000 piezas y joyas de oro, fabricadas en tiempos prehispánicos por los nativos chibchas y quimbayas, de la cordillera central.

No sólo el oro trabajaron los pueblos chibchas. También fueron prolíficos alfareros. Produjeron una gran variedad de cerámica doméstica y ritual, entre la que destaca la antropomórfica profusamente decorada, representando jefes y personajes importantes. Esta cerámica muestra relaciones a veces evidentes con la mexicana; así lo hemos observado en la rica muestra que existe en el Museo Arqueológico de Bogotá.

Pero lo que deseo relatar ahora no es la historia de los chibchas que es relativamente reciente y bien conocida, sino la de un pueblo enigmático que vivió al sur de Colombia, encaramado en los montes andinos, en una zona tan hermosa como impresionante por la altura, los profundos abismos, la selva cubriendo de verde las laderas y las quebradas, y el río Magdalena despeñándose, abajo, entre rocas inmensas.

Este artículo resume las experiencias de un viaje reciente al sur de Colombia, cuyo objetivo era conocer la arqueología de la región.

Hacia esa zona nos dirigimos ahora, hacia las fuentes del río Magdalena, en cuya cercanía floreció la llamada cultura de San Agustín. Aún se desconoce el nombre del pueblo que levantó los monumentos que vamos a encontrar allí. Una vida misteriosa que discurrió a las sombras de las altas selvas, en los orillas del gran río. En la altura, a unos dos mil metros sobre el nivel del mar, esas gentes tallaron en la dura roca una estatuaria que representa uno de los mayores enigmas arqueológicos de América.

El viaje a la zona de San Agustín, partiendo desde cualquiera de las ciudades grandes de Colombia, es largo y pe-

noso. Se baja de Bogotá desde 2,640 metros a 472 en Neiva y se sube de 15° C a 30° C. Los llanos de Neiva justifican el nombre de Valle de las Tristezas, por la aridez y la desolación. La erosión rompe la tierra abriendo heridas rojas, pero secas. A medida que descendemos hacia el sur, el valle del río Magdalena se hace más y más estrecho y profundo hasta convertirse en un cajón de altas murallas rocosas. El camino sube y baja, se ensancha y se estrecha, tratando de sortear todas las dificultades y peligros para llevarnos a nuestro destino. Al final, después de dos días de viaje, el río Magdalena me recordaba al Urubamba yendo hacia Macchu Picchu. Tal es la belleza del paisaje y lo imponente de la naturaleza.

El camino termina definitivamente en la cima de los montes, en un pueblito antiguo y solitario llamado San Agustín. Allí, en la plaza del mercado, encontramos las primeras muestras de lo que andábamos buscando. Frente a la iglesia han colocado unos extraños ídolos de piedra que proceden de la zona arqueológica. Esta es relativamente pequeña, no se extiende más allá de un área de 500 kilómetros cuadrados; la mayoría de los monumentos está alrededor del pueblo de San Agustín.

Lo que más asombra es el número considerable de estatuas: más de 300 han sido encontradas, algunas de hasta 5 metros de altura, dispersas o agrupadas, a veces cubiertas por la selva, otras veces en la cima de los montes o en miradores naturales. La gran diversidad de formas y la monumentalidad de muchas de las estatuas contrastan notablemente con la pobreza de otras manifestaciones de esta cultura. Se han encontrado también temples en forma de dólmenes o corredores cubiertos emplazados entre montículos artificiales, tumbas y sarcófagos monolíticos, cerámica rudimentaria, pero de formas variadas, útiles en piedra tallada y en piedra pulida y piedras grabadas. No se ha encontrado arquitectura doméstica ni vestigios de habitaciones humanas. Este es uno de los problemas más interesantes de esta cultura.

En algunos sitios hay profusión de monumentos representando seres mitológicos, animales o ídolos. Los temples destinados al culto de las divinidades son dólmenes propios de culturas neolíticas primitivas. Las tumbas, cavadas en la tierra, tienen la forma de pozo con cámara lateral y contienen urnas funerarias. Más características son las sepulturas en forma de rectángulos de piedras planas con cu-

*Hernán San Martín es director del Museo de Hualpén en Concepción. Ha realizado importantes estudios sobre el arte chibcha en especial y las culturas precolombinas en general.*